

Soñé con elefantes

Traducción de Maja Drnda y Christian Martí



sajalín editores

Capítulo 1

La inmovilidad

De la muerte de mi padre secreto me enteré por el telediario. Me desperté justo cuando empezaban las noticias de la noche, había dormido demasiado. Subí el volumen. Era él quien protagonizaba la primera noticia de ese 17 de octubre de 1999. Las imágenes se me volvían borrosas: el patio frente a su descuidada casa unifamiliar en la calle de Kraljica Jelena 9; en un primer plano grandes manchas de sangre, que en esos momentos lavaba la lluvia; sobre el camino asfaltado frente a la puerta de entrada, los vecinos que no habían oído nada ni visto nada que llamara su atención. Los policías con impermeable, los forenses, el rostro serio del presidente del gobierno y del ministro del Interior. Fin de la noticia.

Sonó el teléfono. Sabía quién llamaba, solo podía ser una persona, pero no contesté. Necesitaba un cigarrillo. Cuando dejó de sonar descolgué el auricular, pesado como una pesa de gimnasio, y marqué su número.

—Ya lo has visto... —masculló mi madre, Veronika. Desde que me había mudado hacía dos años vivía sola en la otra punta de la ciudad.

—Sí, lo he visto.

—¿Se sabe algo más?

—No lo sé. Solo sé lo que han dicho en la televisión. Lo acabo de ver, igual que tú.

—Boško, quería decirte que vayas con cuidado... Y que no te busques líos. No te sientas obligado a nada... ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo...

—Boško, tú no tienes nada que ver con eso, recuérdalo, por favor... No tiene nada que ver con nosotros.

Colgué. Únicamente mi madre y yo sabíamos que Andrija Sučić era mi padre. Nadie más. Y menos mal. En caso contrario ahora sonaría el teléfono y tendría que escuchar las falsas condolencias. Y a mí repitiendo una y otra vez que no sabía nada, solo lo que habían dicho por la televisión. Sin embargo, ahora eso carecía de importancia. Aun así miraba fijamente el teléfono suplicando que sonara al menos una vez. Necesitaba decirle a alguien que habían matado a mi padre. A quien fuese, al primero que llamara. Descolgué el auricular y pulsé las gastadas teclas: Mara no contestaba. Quién sabe dónde andaría. Estaba dispuesto a contárselo todo. Todo cuanto me había llamado.

El viento acunaba los cables de teléfono tendidos en las calles. El único lugar al que se me ocurrió ir fue a la oficina en la que trabajaba. A menudo iba de noche para terminar mis informes, así que el portero no se extrañó en absoluto al verme y apenas desvió la mirada del diario mientras yo pasaba a su lado. Volví a llamar a Mara, pero seguía sin contestar: llevaba dos, quizá tres días sin tener noticias suyas. Hacía un tiempo que habíamos empezado a distanciarnos.

Habían matado a Jadran Rimac —el caso en el que estaba centrada—, pero de todos modos podría haberme llamado, aunque fuera un momento. Aunque Rimac estuviera muerto, yo no, el mundo continuaba girando. Las hojas de los árboles se encogían, las mañanas se tornaban más húmedas, los tranvías retumbaban.

Cuando la conocí en septiembre de 1998, ella ya estaba obsesionada con Rimac, el criminal número uno de la ciudad. Me enviaron a una reunión con policías y fiscales que se dedicaban a investigar el crimen organizado. Me enviaron a mí porque los más veteranos evitaban las reuniones en las que no se tomaba ninguna decisión y en las que las informaciones se callaban en lugar de intercambiarse. A esos tres los veía por primera vez en mi vida. Los dos policías se parecían como si fueran hermanos —bajos, fuertes, morenos—, y el nombre de uno de ellos me resultó muy familiar. La fiscal era ella, Mara Ištuk: su nombre y apellido ni siquiera me sonaban aunque éramos de la misma quinta. Estábamos sentados el uno frente al otro. De vez en cuando dejaba de observarla, cuando me parecía que resultaba de mala educación. A ella no le molestaba. Tan solo le importaba Jadran Rimac, y yo no sabía tanto sobre él como para merecerme su atención. Después de pronunciar tres frases me di cuenta de que ella lo sabía todo sobre él y yo nada, absolutamente nada, y permanecí callado como un tonto.

—Colega Krstanović, ¿está el Servicio al tanto de lo que ocurre con el abogado Vladimir Magaš? —Me descolocó con su pregunta inesperada.

—Magaš ya no es el abogado de Rimac. Se ha retirado, ya no ejerce. La jubilación —le conté todo lo que sabía sobre el tema, literalmente.

—¿Sabe usted dónde vive?

—No entiendo... La policía debería tener su dirección... —Me volví hacia mis colegas policías, que me miraron sorprendidos.

—¿No sabe usted dónde vive? —continuó. Se dirigía solo a mí.

—¿Y qué importa dónde viva? ¿Y qué importa él en absoluto? Ya ni siquiera ejerce la abogacía —contesté.

—Sería mejor que primero se informara de dónde vive, y por qué precisamente allí, y que luego juzgara si es importante o no. Llámeme en cuanto lo sepa.

Los policías tampoco sabían nada sobre el abogado y ex fiscal Vladimir Magaš, ni sobre su paradero actual. Se trataba de un clásico fuera de combate. Nadie estaba dispuesto a tirar la toalla, así que Mara Ištuk se apiadó de nosotros, recogió sus papeles y se fue. Volví al despacho y, cuando la rabia que me causaba su arrogancia dejó de palpar en mis sienes, me puse a trabajar. Vladimir Magaš. Jadran Rimac. Me volqué en el estudio.

Esa noche tenía la necesidad de contarle a alguien que habían asesinado a mi padre. Llamé a Matko Radoš, mi jefe en el Departamento de Lucha contra el Crimen Organizado del Servicio de Seguridad Nacional. Confiaba en él y él también en mí. Me llevaba unos siete u ocho años. Coincidió en la universidad con su hermano menor, que era su ojito derecho, así que bordeamos la frontera de la

amistad aun cuando seguramente nunca llegaremos a traspasarla. Es importante, le dije.

Lo esperé en el bar cercano a la oficina, sentado a la barra, fumando y bebiendo cerveza. Todas las mesas se encontraban vacías, excepto una que congregaba a unos seis o siete hombres ruidosos además de la camarera, Jana, la única mujer entre ellos. Eran periodistas de un diario cuya redacción se hallaba a la vuelta de la esquina. La primera edición estaba lista. Habían bebido bastante. Reían. Se divertían con Jana. Ella les contaba que se había acostado con cuatro de sus colegas. Jana estaba en sus mejores años —rolliza, pero no gorda— y era evidente que iba a resistir la presión de los periodistas por delatar los nombres de sus amantes. Los periodistas follan mal, constató. Aunque se te meten fácilmente en la cabeza, se hacen querer, y entonces durante algún tiempo te acuestas con ellos por compasión o por verdadero amor. Viene a ser lo mismo. Sin embargo, todo tiene sus límites. El último era muy divertido: joven, hacía tiempo que le tenía ganas, reconoció como si se lo reprochara a sí misma, más por reprochárselo que por otra cosa. Era rápido y patoso y desapareció sin una palabra, sin una mirada. Ya no frecuentaba su bar.

Jana reía a carcajadas. Todos reían.

La puerta del bar se abrió, pero no era Radoš sino un hombre bajito, que entró, arrojó el taco de diarios de la mañana ante los periodistas y se fue a toda prisa. Estos callaron y se lanzaron sobre los diarios en busca de sus textos en el faldón de una página par. Comentaron en voz alta la estupidez de aquellos que recortaban los textos y les ponían títulos.

Radoš llegaba tarde. Jana volvió detrás de la barra.

—¿A quién esperas?

—A mi jefe.

—Siempre hay alguien esperándole...

—....

—Yo también lo espero —sonrió—, pero estoy perdiendo la paciencia.

—Y yo te espero a ti —dije sin saber por qué, no sé por qué se lo dije en ese momento. Ella se echó a reír a carcajadas y los periodistas nos miraron curiosos, como si un momento antes no hubiese reído de la misma forma con ellos—. Es verdad —añadí.

—Tú tienes novia —me dijo más seria.

—Mi jefe tiene mujer y tres hijos y tú le esperas igualmente.

—¿Estás bien?

—Se ha muerto mi viejo.

—Lo siento...

Me tendió la mano por encima de la barra: estaba fría como una lápida de mármol. Me miró a los ojos. Me propuso tomar algo después de cerrar —en una hora, como mucho en hora y media— y le dije que pasaría a buscarla y que ahora tenía que irme, que le dijera a Radoš que me había surgido un imprevisto y que ya lo llamaría. Antes de salir miré hacia la mesa donde se encontraban los periodistas. Mi viejo ocupaba las portadas.

Una oleada de calor recorrió mi espina dorsal. Me alegraba la suave redondez del vientre de Jana y sus mullidos muslos. Esos muslos me succionaron solo una vez, hacía

más de un año, aunque no permití que las imágenes de su voluptuosidad se pudrieran en mi interior como manzanas olvidadas en el maletero de un coche. Mara no pudo cambiarlo.

La soledad de las indolentes tardes de domingo y los lluviosos anocheceres. Me estaba acomodando en el sofá, la pierna izquierda estirada sobre la iluminada mesita cuadrada del centro, de la que ya no saldría el poso del sudor que se escurría de mi pie; había colocado el cenicero y los cigarrillos a mi derecha y disfrutaba de los momentos del placer aplazado. Sexualmente nunca he disfrutado tanto como cuando me masturbo recordando el sexo pasado. Quizá esta alteración tenga un nombre. ¿O tan solo es egoísmo?

La oleada seguía recorriendo mi espalda, mi polla estaba dura y fue entonces cuando sonó el teléfono. La sostenía en mi mano y parecía una estatua indecisa. Durante unos segundos pensé en atenderlo. Quizá se tratara de algo importante. Seguro que era algo importante. En momentos como ese solo se reciben llamadas importantes. Sin embargo, apenas insinuar el gesto con los hombros y la musculatura de las piernas, me taladró el pensamiento de que el teléfono dejaría de sonar justo en el instante en el que pusiera mi mano húmeda sobre el auricular. Cautivado, inmóvil, con el miembro flácido en la mano, como si nunca más me fuese a mover. El teléfono sonó durante largo rato. No llegué a correrme. Estaba molesto por ello, con el teléfono, cabreado con quien había llamado, decepcionado conmigo mismo. Me correré en cuanto Jana me roce con sus labios. Mañana en el bar les contaré a esos periodistas depravados

mi vergüenza. Se reirán de mí. Se reirán cada vez que me vean. No iré a ningún sitio.

Soni y Lanka

Anoche los elefantes me visitaron en el sueño, los mismos dos que me visitan siempre. Pasan a mi lado tranquilamente. De vez en cuando uno alza la trompa a modo de saludo.

Y ahora, mira por dónde, soy un cadáver. Sabía que iba a ocurrir algo gordo: los elefantes no acuden a mis sueños en balde. Cada vez que me han visitado he recibido un golpe. Soni y Lanka. Sus visitas nocturnas restaban fuerza a mis futuros movimientos. Todo se reducía a la espera de una catástrofe que estaba a punto de ocurrir.

Hoy, 17 de octubre de 1999, me mataron en el umbral de mi casa. Snježana no pudo ayudarme: pedía socorro y gritaba, pero ya era demasiado tarde. No sé quién me disparó, aunque tampoco tiene mucha importancia. No solo no tiene mucha importancia, sino que no tiene ninguna. Sé quién me ha matado. También sé por qué lo ha hecho.

Soni y Lanka fueron los primeros elefantes de mi vida. Vivían en la Isla del Presidente, pues el predecesor del Presidente hace tiempo que los recibió como un regalo de la India. En los primeros días de mi estancia en la isla aprovechaba cada momento libre para observarlos: me sentaba en un banco, encendía un cigarrillo, abría una lata de cerveza

y me emocionaba con cada movimiento suyo. Cada uno de ellos parecía detener la Tierra y el tiempo. Podía pasarme así horas sin que ninguno de los dos se percatase de mi presencia. Sus ojos estaban tristes y abstraídos. Eran infelices. Me quedaba observando a Soni y a Lanka hasta que llegaba el comandante Jozef y me preguntaba si estaba bien, qué coño me pasaba y por qué no estaba durmiendo o bebiendo con los compañeros de mi unidad. Sin decir nada me levantaba y me dirigía al dormitorio. Al día siguiente volvía con los elefantes. Volvía también el comandante Jozef. Me tenía en el punto de mira, pero yo no sabía el motivo.

Al Presidente le gustaba estar en la villa de la isla, pero no más de cuatro o cinco días seguidos con excepción del mes de julio, cuando se quedaba toda una quincena. La unidad a la que yo pertenecía era responsable de su seguridad y de la de todos los edificios en los que trabajaba, dormía o en los que se encontraba por razones de protocolo. Éramos una treintena. La mitad viajaba con él y la otra mitad llegaba un día antes y preparaba el terreno. El Presidente no acostumbraba a ausentarse de la capital con frecuencia. Se alojaba en la residencia de la isla una semana al mes, generalmente en dos turnos; visitaba un día o dos las provincias y el resto del tiempo lo pasaba en la capital. Consumía los días encerrado en su estudio. Nuestro cometido no era pesado. Nos aburríamos. Nos mataba holgazanear. Nos habíamos tirado muchos meses en las trincheras, disparábamos y nos disparaban, defendíamos nuestro país del agresor, fuimos héroes de duras batallas, después nos enviaron a un adiestramiento especializado, pasamos por entrenamientos

y pruebas infernales... ¿Y para qué? Para estar echados, beber, drogarnos y observar a los elefantes en los que nos estábamos convirtiendo. Nos aseguraban que desempeñábamos el trabajo más importante, que nos había correspondido el honor y la responsabilidad más grandes a las que un soldado podía aspirar.

El comandante Jozef fue el primero en empezar. Era una noche de verano húmeda. Jozef se sacó su largo cinturón y sin motivo ni previo aviso comenzó a azotar a Lanka, borracho como una cuba. No paraba de reír a carcajadas, pero no con la mirada. La noche en la isla se vio entrecortada por los golpes del cinturón en la grupa de la elefanta, en las patas, en el cuello. Los elefantes vivían a aproximadamente un kilómetro de la villa del Presidente y de los dos palacios en los que se alojaba su séquito, de modo que nadie podía oír ni los golpes, ni las risas, ni los ahogados barritos del animal. Los elefantes se hallaban atados con gruesas cadenas a pilares de cemento. El cuerpo de Lanka se sacudía bajo el cinturón de cuero de Jozef y Soni se limitaba a agitar su trompa. El sudor se deslizaba por la nuca del comandante, pero él no cejaba. Nosotros tres mirábamos: Ivan, Žuti y yo. Yo era el mayor, podría haber sido el padre del pequeño Ivan: por aquel entonces él tenía veintiséis años y yo cuarenta y seis. En toda la unidad únicamente Barba era mayor que yo, pero en el Ejército la importancia y el respeto no se alcanzan con la edad, sino con el rango. A duras penas llegué a capitán, mientras que Barba era mayor y el pequeño Ivan, sargento, igual que Žuti. Jozef, nueve años menor que yo, ostentaba el rango más alto: en los hombros y en el

pecho lucía siempre con orgullo los galones de comandante. Yo era el encargado de analizar los puntos críticos de los viajes del Presidente y la estancia en los lugares que no había visitado con anterioridad. Me tocaba calibrar en qué momentos podía correr peligro y proponer el modo más adecuado de protegerlo. Además, yo era el tercer chófer de la limusina del Presidente. Si el primer y el segundo chófer se veían imposibilitados, yo era el encargado de sentarme al volante, aunque tal cosa nunca había ocurrido.

Soni miraba tranquilamente cómo Jozef azotaba a Lanka. No intentaba ayudarla. Él también estaba encadenado y tenía claro que cualquier movimiento sería en vano. Nada. La trompa inerte como un cuerpo suspendido. Y Jozef seguía arreando la grupa de Lanka con su cinturón, tras cada tercer golpe la elefanta aullaba de dolor. Žuti imitaba con su risa al comandante Jozef, incluso las venas de sus cuellos se hincharon de la misma forma, hasta que también él se sacó el cinturón del pantalón, que empezó a caérsele enseguida. Arreaba a Soni, la elefanta callaba y miraba a un lado, el pantalón de Žuti se deslizó hasta sus rodillas, pero él no se inmutó. Ante mi mirada y la del pequeño Ivan, su sexo crecía cada vez más bajo sus calzoncillos gris campaña. Con sus movimientos más bien daba la impresión de que estaba follando. Lanka meaba abundantemente.

Me marché. Jozef y Žuti no decían una palabra. El pequeño Ivan no sabía qué hacer. Al alejarme por el camino de gravilla, el sonido de los golpes se fue atenuando y espaciando cada vez más. Un paso, y otro, y la espuma del mar se tragará todos los sonidos.